



“Salvo el crepúsculo”: el testamento poético de Julio Cortázar

Giuliana Barnini (Universit  di Firenze)



En el curso de la preciosa entrevista concedida a Omar Prego, el 20 de enero de 1984, unas semanas antes de fallecer, Julio Cortázar preanuncia a su interlocutor y amigo la inminente publicación de *Salvo el crepúsculo*, poemario que se publicaría póstumamente en el otoño de ese mismo año.

J.C. A fines de este año Nueva Imagen publicará esto que es poesía, que son poemas. Ahí te doy una sorpresa.

O. P. *Salvo el crepúsculo*...

J. C. Es un fragmento de un haiku de un poeta japonés. Es un libro que he querido que sea divertido; ahí la poesía se mezcla con la prosa, hay comentarios e interacciones, muchas citas de mis amigos poetas, me hice acompañar por todos ellos.

Inicialmente el autor pensaba titular esa voluminosa colección de poemas subdividida en trece secciones, *Palabras para el juego*, haciendo así un involuntario homenaje a la desenvuelta pluralidad semántica de las palabras y a la constancia de la dimensión lúdica que caracterizan su conjunto textual. Afirmar el autor:

Ahora, en lo que a mí se refiere, porque se trata de hablar de mi relación con lo lúdico, el juego es una noción muy seria. Desde niño, y ahora más que nunca, todo juego que sea verdadero, que no sea comedia o diversión momentánea, es decir el juego como lo juegan los

niños o como trato de jugarlo yo como escritor, corresponde a un arquetipo, viene desde muy adentro, del inconsciente colectivo, de la memoria de la especie. Yo creo que el juego es la forma desacralizada de todo lo que para la humanidad inicial son ceremonias sagradas.²

El título definitivo, que según Goloboff logra "representar mejor [los] sentimientos de la hora"³ de su autor, y que además se ajusta mejor al carácter extremadamente autobiográfico del libro, es un haiku del poeta japonés Matsuo Basho (1644-1694):

Este camino
ya nadie lo recorre
salvo el crepúsculo⁴

Aunque reúna textos de géneros distintos, el volumen está compuesto en su mayor parte por poemas posteriores a 1940, correspondientes a la fase más madura de la producción literaria cortazariana, y que llegan hasta el año mismo de la muerte del autor. Las composiciones no se suceden siguiendo un orden fríamente cronológico, sino que responden más bien a una *anticronología del alma*, como atestiguan las secciones más intimistas de la colección.

Se trata de un vasto libro, que reúne sus mejores textos poéticos y que, sobre todo, da cuenta de sus inquietudes, vacilaciones y reflexiones íntimas, así como de su respeto entrañable por la poesía, y de un ejercicio incesante de la misma.⁵

La estructura de *Salvo el crepúsculo*, además de revelarse muy distinta de la de los otros poemarios de Cortázar, ni siquiera se acerca a la insólita conformación de textos-contenedores suyos como *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967) y *Último Round* (1969), donde el tejido de la prosa se desgarraba a menudo por la improvisada introducción de composiciones en verso.

Además de los poemas, *Salvo el crepúsculo* recoge unas treinta páginas en prosa, de extensión variada, cuyo contenido establece estrechas relaciones con las sucesivas composiciones en verso, enriqueciendo su sentido con nuevos matices.

Las dos extremidades de la amplia producción de Julio Cortázar están marcadas por dos libros de poesía. Primer fruto visible de su intensa actividad literaria es, en efecto, un poemario: *Presencia*, breve colección de sonetos publicada en 1938 y autofinanciada. Aunque en esa primera muestra el autor se adheriera con absoluta fidelidad al modelo compositivo de los poemas de Mallarmé, las composiciones ya dejan vislumbrar numerosos indicios de temas que serán desarrollados repetida y coherentemente en las fases sucesivas de su creación.



"SALVO EL CREPÚSCULO"
EL TESTAMENTO POÉTICO DE JULIO CORTÁZAR

Los versos de *Presencia* por un lado encantan al lector por su cristalina preciosidad y por sus lujosas sonoridades, por otro lado le impresionan por la desdeñosa desilusión y por el humanismo desacralizador de su agresivo y poético. Sobre esa obra juvenil, hoy casi imposible de hallar, el poeta quiso correr un velo de olvido y reticencia, mostrándose hasta el final poco dispuesto a quitarlo.

La vicisitud existencial y artística cortazariana se concluye en 1984; y poco antes de morir, el escritor termina *Salvo el crepúsculo*, cuidadísima y muy deseada antología. El denso volumen recoge poemas elegidos por él mismo, después de haber evaluado un material muy rico y casi completamente inédito, acumulado en más de cuarenta años de incesante actividad.

Sin tener en cuenta las referencias cronológicas, los poemas de *Salvo el crepúsculo* están agrupados según sus afinidades temáticas. Algunos, ya incluidos en *Pameos y meopas* (1971), aparecen reproducidos intactos, es decir sin someterlos a ninguna clase de revisión. La determinación y el entusiasmo que el autor pone en la realización de ese precioso balance de más de cuatro decenios de privada y apasionada creación poética borran el pecado de debilidad que él mismo admite haber cometido con respecto a sus versos.

En efecto, aunque haya estado siempre ligado con un amor visceral a su poesía, Cortázar no ha conseguido ni asegurarle la debida visibilidad ni valorizarla como objetivamente lo hubiera merecido: "A mí me da un poco de pena tener que admitir que la poesía siempre fue en mi caso una actividad un poco vergonzante. Es decir que nunca la mostré o la mostré muy poco"⁶.

Llegado al término de su itinerario humano y literario, el poeta siente que ya no puede negarse a hacer justicia a sus versos y la nueva actitud defensiva que asume al tratar de su poesía se refleja sobre todo en las elecciones conexas con la publicación de su último libro.

En primer lugar, Cortázar introduce en *Salvo el crepúsculo* algunas composiciones ya publicadas muchos años antes, evitando cualquier operación correctiva sobre las mismas. El poeta, que siempre ha asumido una actitud hipercrítica con respecto a sus productos poéticos, en esa circunstancia no parece advertir la menor exigencia de refinar las originarias estructuras de esos viejos poemas y ni siquiera siente la necesidad de renovarlos o de limarlos para reavivar la intensidad de los versos.

Rechazando con decisión el rebuscado perfeccionismo que se consigue sometiéndolo a un proceso casi inacabable de adición y sustracción, el autor expresa su plena, incondicionada, y probablemente provocativa, aceptación de su poesía y de su papel de poeta.

En segundo lugar, el escritor descarta el orden cronológico y construye *Salvo el crepúsculo* como un conjunto móvil de constelaciones temáticas; no le interesa ofrecer a los lectores y a los críticos una clave para colocar sus poemas según criterios espaciales y temporales, pues la poesía ha ocupado, en realidad, todo el tiempo y todo el espacio de su historia artística.



Ese último libro de Cortázar contiene una red de textos muy dinámicos que establecen una relación simbiótica con su creador y revelan la compleja riqueza de su universo interior. Es el resultado de una selección tenaz y equilibrada, cumplida con total absorción y con un entusiasmo cuya fuerza ha logrado sumergir las numerosas opiniones negativas existentes al respecto, manifestadas en general por críticos que conocían su poesía de manera marginal e incompleta. La publicación de *Salvo el crepúsculo* es un acto afectuosamente testamentario, a través del cual su creador confía su maltratada poesía a la atención directa de los lectores, invitándoles a leer sus versos sin los prejuicios inducidos tal vez por el extremismo denigrador de la crítica.

La sección *El nombre innominable*, cuyo título velado de ambigüedad transmite la idea de una conciencia precisa pero inexpresable, desarrolla un tema fascinante que encuentra su origen en la inquieta simultaneidad perceptiva que caracteriza al ser humano moderno, criatura escindida y contradictoria: el contraste entre el tiempo de los relojes y el tiempo interior.

La persistencia o el progresivo desmoronarse de un recuerdo son procesos complejos, sofisticados mecanismos de ingeniería psicológica cuyos engranajes son minúsculos y delicadísimos. El recuerdo prospera o agoniza en una dimensión temporal infinitamente lejos del latido cronológico del vivir cotidiano; las dinámicas que lo hacen dilatar o contraer, que lo nutren o lo atrofian son difíciles de explicar pues son enteramente subjetivas.

Estando interesado (por su congénita hipersensibilidad) en el tiempo interiormente medido más que en el tiempo exterior, Cortázar inventa y explora regiones temporales donde no estén en vigor las estrictas leyes de la unidireccionalidad y de la tripartición del tiempo.

El calidoscópico cromatismo temporal de la interioridad humana constituye el eje temático principal, la línea temática constante que penetra con intensidad variable en todos los otros temas tratados en la obra cortazariana; su singular armonizarse con la manera de ser y de sentir de nuestro autor transforma el sentido interior del tiempo en el elemento que caracteriza el corpus textual entero.

En el poema *Liquidación de saldos*, el yo poético, marcado por una sensibilidad y una lucidez agudísimas, siente que su memoria se consume poco a poco en el recuerdo de un tú amado y ausente:

me siento morir en ti, atravesado de espacios
que crecen, que me comen igual que mariposas hambrientas. [SC,
150]

Un espacio-tiempo creciente, dilatado por elecciones irreversibles, se interpone entre el tú y el yo y se va llenando de acontecimientos, rostros, emociones, experiencias. Acongojado por la precisión visionaria de su sentir, atormentado por la obsesión de verse reducido a un agonizante puñado de imágenes envejecidas, que están a punto de obscurecerse para siempre en la memoria del tú, el yo sabe que no podrá persistir en ella, pues sus imágenes se



"SALVO EL CREPÚSCULO"
EL TESTAMENTO POÉTICO DE JULIO CORTÁZAR

volverán cada vez más débiles y por lo tanto incapaces de competir con el exuberante resplandor de otras imágenes nuevas. Con dolorosa resignación el yo se prepara a dejar que su recuerdo muera lentamente, aceptando borrarse poco a poco, sin rebelarse:

Cierro los ojos y estoy tendido en tu memoria, apenas vivo,
con los abiertos labios donde remonta el río del olvido.
[SC, 150]

Un fragmento tras otro, el tú desarma tenazmente las imágenes residuales del yo y lo hace con la tranquila habilidad de un experto *bricoleur*: "y tú, con delicadas pinzas de paciencia me arrancas / los dientes, las pestañas" [SC, 150]; luego despoja la voz del yo quitándole el tono y los sonidos que la distinguen: "me desnudas / el trébol de la voz" [SC, 150]; para concluir su paciente trabajo destructor, apunta directamente al núcleo de la identidad del yo, lacerando el tejido silábico de su nombre por medio de muchas hendiduras.

Puesta en crisis su integridad, el nombre pierde su función identificativa y se reduce a un casual agregado de signos: "vas abriendo en mi nombre ventanas al espacio" [SC, 150].

Adelgazado, descarnado y deformado por el aire que hace oscilar sus precarios jirones, el yo-recuerdo consigue aún encender luces intermitentes en la inhospitalaria memoria del tú:

Transparente, aguzado, entretejido de aire
floto en la duermevela, y todavía
digo tu nombre y te despierto acongojada. [SC, 150]

El tú las apaga y sigue trabajando activamente para vencer los últimos, y cada vez más tenues, indicios que le llevan al recuerdo del yo, cuya anulación por fin se cumple, instantánea como un parpadeo.

Pero te esfuerzas y me olvidas,
yo soy apenas la burbuja
que te refleja, que destruirás
con solo un parpadeo. [SC, 150]

En *Las polillas* el yo poético expresa su aprehensión por la suerte del recuerdo de un tú perteneciente a un tiempo y a un espacio ya muy lejanos; ese recuerdo corre el riesgo de ser atropellado y ahogado por la multitud de imágenes que el transcurrir del tiempo irá vertiendo sobre él. Si el tú de *Liquidación de saldos* ha luchado contra el recuerdo del yo para extirparlo de sí mismo, si con paciente lentitud lo ha marcado antes, quebrado después y al final disuelto, el yo de *Las polillas* quisiera que las secuencias en las que el recuerdo del tú se abre se quedaran indelebles en un cómodo rincón de su memoria.



GIULIANA BARNINI

Apresúrate a fijarte en mí
si te importan tu cara y tu cabello.
No sabes qué peligro, qué galope de mar
corre hacia atrás para anegarte. [SC, 150]

Cualquier emoción que el yo experimente, el rostro de cualquier persona con la que interaccione, cualquier escenario que envuelva su sensibilidad oscurecen la fisonomía del tú, confundiendo sus rasgos. Para interrumpir el proceso de disolución de ese recuerdo que tiene lugar en la poblada memoria del yo, el tú tendría que enviar fuertes señales de su presencia.

Cada paisaje, cada rostro nuevo es una gubia
hollando tus mejillas,
cada nombre
cae sobre tu nombre como un águila muerta. [SC, 153]

El cuerpo, los ademanes y sobre todo el rostro del tú se ofuscan y se alejan perdiendo gradualmente su definición y su color; sus caracteres se confunden, pierden sus llaves distintivas no obstante la tenaz, extrema acción de rescate que el yo desesperadamente cumple tratando de detener la originaria claridad del recuerdo del tú:

y al despertar te pienso y eres otra
aunque persiga hasta la sed tu cara
buscándote en cajones y retratos. [SC, 153]

Su agitada busca desemboca en un fracaso; de la olvidada profundidad de un cajón el yo saca viejos objetos, descoloridas fotografías que sin embargo no bastan para contener el efecto corrosivo que el goteo temporal produce en el recuerdo del tú y ni siquiera alivian el ansia de recuperación mnemónica que sigue atormentando al yo.

Abandonado a una pequeña, inútil
noche de lluvia entre mis manos. [SC, 153]

El tú solo puede interrumpir el proceso destructivo que el tiempo ha comenzado contra su recuerdo; el tú solo, con su voz, con su manera de actuar y confirmando su presencia puede devolver vitalidad y claridad a las imágenes desmembradas que el yo trata en vano de salvaguardar.

No te dejes destruir,
¡oh, no me cedas la victoria fácil! [SC, 153]

Delante del silencio-rechazo del tú, el yo no puede hacer otra cosa que dejar que su recuerdo se desmenuce y se pierda:



"SALVO EL CREPÚSCULO"
EL TESTAMENTO POÉTICO DE JULIO CORTÁZAR

yo lucho como un árbol,
pero tú eres un pájaro allí arriba:
¡qué puedo hacerle al viento que me quita tu canto
si tú le das las alas! [SC, 153]

El yo poético de *El futuro* describe con un realismo despiadado la eutanasia de un recuerdo. El poema se abre con una lapidaria declaración que es el fruto de una conciencia casi cínica; seguro en su absoluta certidumbre, el yo excluye la presencia del tú en su futuro.

Y sé muy bien que no estarás. [SC, 154]

El yo desarrolla delicadamente el sucederse de sus días venideros, imaginando la repetición de hábitos, gestos y secuencias de situaciones que irán presentándose con plácida regularidad: de la cotidianidad tranquilizadora que el yo vivirá día tras día el tú estará ausente, entre el tú y el yo ya no habrá espacios para compartir.

No estarás en la calle, en el murmullo que brota de noche
de los postes del alumbrado, ni en el gesto
de elegir el menú, ni en la sonrisa
que alivia los completos en los subtes,
ni en los libros prestados ni en el hasta mañana. [SC, 154]

El yo sigue enumerando una miríada de momentos en los que el tú se quedará externo y ajeno:

Me enojaré, amor mío, sin que sea por ti,
y compraré bombones pero no para ti,
me pararé en la esquina a la que no vendrás. [SC, 154]

La ausencia del tú se cristalizará volviéndose hecho definitivo e irreversible, lo que hará imposible asegurar la permanencia de su recuerdo en la memoria del yo.

Y sé muy bien que no estarás
ni aquí adentro, la cárcel donde aún te retengo,
ni allí fuera, este río de calles y de puentes. [SC, 154]

Las pocas imágenes sobrevivientes que contienen el tú y que el yo aún se esfuerza por guardar en un rincón-celda de su mente, se soltarán rindiéndose a una dispersión que el yo no podrá impedir; y todas las veces que el yo advertirá el impulso de pensar en él, su memoria no encontrará ningún sostén visual, ninguna secuencia de fotogramas para ojear; el yo dejará que su pensamiento resbale sobre una superficie rechazante y oscurecida que se lo devolverá intacto, es decir sin haberlo dilatado ni encendido de imágenes.



No estarás para nada, no serás ni recuerdo,
y cuando piense en ti pensaré un pensamiento
que obscuramente trata de acordarse de ti. [SC, 154]

El breve poema *Le dôme* muestra la última, fría escena, los últimos instantes que preceden una separación; el recuerdo de esa imagen, la sordidez de sus pormenores, humildes y desentonados, impresiona aún el yo, suscitándole mucha amargura.

A la sospecha de imperfección universal contribuye
este recuerdo que me legas, una cara entre espejos y platillos
sucios. [SC, 161]

Opacidad de espejos polvorientos y suciedad de vajillas hacen de degradado fondo a la última diapositiva del tú, que la memoria del yo sigue proyectando en su tiempo presente. Se trata de una imagen indefinida que hiere al yo, pues no le devuelve el rostro auténtico y conocido del tú, sino que le muestra "una cara", es decir, solo uno de sus rostros posibles.

Faltan aún los sonidos en esa escena conclusiva que representa a un tú inmóvil y disminuido: a la "última hora" [SC, 161], que el yo y el tú se preparan a consumir juntos, le falta aún la fuerza confortante y aclaratoria de las palabras.

La torpeza de nuestra última hora
que debió transcurrir en claro, en un silencio
donde lo que quedaba por decir se dijera sin menguas.
Pero no fue así. [SC, 161]

El último recuerdo del tú se entrega a la memoria del yo poético cristalizado en sus rasgos definitivos: un adiós que omite razones y claridad, dicho apresuradamente en el sórdido interior de un café.

Y nos separamos
verdaderamente como lo merecíamos, en un café mugriento,
rodeados de larvas y colillas,
mezclando pobres besos con la resaca de la noche. [SC, 161]

Fijado en una inmutable oscilación entre lo que hubiera podido ser dicho y lo que, en cambio, ha sido callado, ya asociado a un escenario humillante y desprovisto de acotaciones, el incompleto recuerdo será, por el yo, causa constante de imprevistos malestares.

El yo poético de *Si he de vivir* teje un canto de amor áspero y huraño: "Si he de vivir sin ti, que sea duro y cruento" [SC, 162].

Si soportar la ausencia del tú le es inevitable, el yo se flagela a sí mismo invocando la añadidura de ulteriores privaciones para valorizar aún más el sentido de plenitud y satisfacción que la presencia del tú supo infundirle.



"SALVO EL CREPÚSCULO"
EL TESTAMENTO POÉTICO DE JULIO CORTÁZAR

Desalojado de la felicidad
sabré cuánta me dabas con solamente a veces estar cerca. [SC, 162]

Luego enumera un rosario de mortificaciones y penitencias cuya práctica sistemática lo arrancará de la inconciencia reconfortante del sopor encadenándolo, en cambio, a la atormentada emotividad de un permanente estado de vigilia:

la sopa fría, los zapatos rotos, o que en mitad de la opulencia
se alce la rama seca de la tos, ladrándome
tu nombre deformado, las vocales de espuma, y en los dedos
se me peguen las sábanas, y nada me dé paz. [SC, 162]

La interiorización y la asimilación de la esencia del tú podrá tener lugar siempre que el yo se ponga ascéticamente en las condiciones físicas y espirituales ideales y se prepare, rechazando todas las distracciones posibles, para acoger los significados que el yo expresará revelando su verdadero rostro. El itinerario de purificación del yo irá cumpliéndose en una fase final de aislamiento de sello monacal:

hará falta la escarcha del dintel
para que el guarecido en el portal comprenda
la luz del comedor, los manteles de leche, y el aroma
del pan que pasa su morena mano por la hendija. [SC, 162]

Exiliado por su propia voluntad y hasta de su propia persona, resuelto a negar respuestas a sus necesidades, con los sentidos aguzados por una carencia absoluta de estímulos que religiosamente soporta, el yo podrá perfeccionar el proceso de purificación que al final lo hará digno de acercarse al tú y celebrar su comunión con él.

Tan lejos ya de ti
como un ojo del otro
de esta asumida adversidad
nacerá la mirada que por fin te merezca. [SC, 162]

La voz del yo poético de *Encargo*, intransigente y agresiva, debuta con dos drásticos imperativos negativos, cuya impenetrable dureza, reforzada por el adverbio "nunca" y por el sucesivo punto y aparte, no admite matices de sentido.

No me des tregua, no me perdones nunca. [SC, 163]

Ese yo valiente e inflexible necesita conocer la vía más empinada y obstaculizada que lo lleve al autoconocimiento; espera que el tú lo obligue a recorrer hasta el final un difícil itinerario de formación, llegado al ápice del



GIULIANA BARNINI

cual pueda reconocerse a si mismo y hacer elecciones que correspondan a esta redescubierta interioridad.

¡No me dejes dormir, no me des paz!
Entonces ganaré mi reino,
naceré lentamente. [SC, 163]

El yo poético elige al tú como su guía espiritual pues le reconoce el mérito de haber cumplido un proceso de evolución superior y por eso le pide el rigor y la dificultad de una serie de pruebas durísimas.

No me pierdas como una música fácil, no seas caricia ni guante;
tállame como un sílex, desespérame. [SC, 163]

Para no desviar el yo de su recorrido objetivo hacia el conocimiento, para no diluir su tensa concentración, el tú tendrá que esforzarse de oscurecer amplias zonas de sí mismo, congelando el ardiente patrimonio afectivo destinado al tú; tendrá también la ulterior tarea de esconder su atractiva corporeidad bajo una pesada armadura de alejamiento y al final tendrá que anteponer la indiferencia a su desbordante dulzura.

Guarda tu amor humano, tu sonrisa, tu pelo. Dállos.
Ven a mí con tu cólera de fósforo y escama. [SC, 163]

El último papel que el tú está obligado a jugar, quizá el más arduo y complejo, es el del verdugo; desprovisto de todo utensilio amoroso, armado solo de una crueldad sutil y afilada que traspasa la coriácea envoltura que cubre la verdad, el tú reconciliará el yo con su verdadero nombre.

Yo te pido la cruel ceremonia del tajo,
lo que nadie te pide: las espinas
hasta el hueso. Arráncame esta cara infame,
oblígame a gritar al fin mi verdadero nombre. [SC, 163]



"SALVO EL CREPÚSCULO"
EL TESTAMENTO POÉTICO DE JULIO CORTÁZAR

Notas :

- ¹ Omar Prego, *La fascinación de las palabras. Conversaciones con Julio Cortázar*, Muchnik, Barcelona, 1985, p. 146.
- ² "Contar y cantar: Julio Cortázar y Saúl Yurkievich entrevistados por Pierre Lartigue", en Saúl Yurkievich, *A través de la trama*, Muchnik, Barcelona, 1984, p. 117.
- ³ Mario Goloboff, *Julio Cortázar. La biografía*, Seix Barral, Buenos Aires, 1998, p. 284.
- ⁴ Matsuo Basho, citado por Julio Cortázar en el epígrafe a la sección *Salvo el crepúsculo* del libro homónimo (Editorial Nueva Imagen, México, 1984, p. 146). De ahora en adelante los poemas de este libro serán indicados con la sigla SC seguida por el número de página.
- ⁵ Mario Goloboff, *op. cit.*, p. 285.
- ⁶ Omar Prego, *op. cit.*, p. 146.

